

Fiódor Dostoievski y José Donoso.

Exilio y migración: un ensayo psicoanalítico sobre el duelo.

Cristián Zegpi

Resumen

El presente ensayo constituye un intento de articulación entre el psicoanálisis y la literatura, un esbozo acerca de la comprensión freudiana sobre el duelo en torno a dos autores: Fiódor Dostoievski y José Donoso, quienes vivieron la experiencia del exilio y migración en frágiles condiciones socio-políticas en el siglo XIX y XX respectivamente. El análisis, por una parte, girará en torno a la biografía del autor ruso; por otra parte, alrededor de lo que se definiría como una biografía novelada del escritor chileno, en su obra *El jardín de al lado*, de 1981.

Palabras clave: Duelo, exilio, pérdida, extrañeza

Introducción

Entre las más destacadas, existen dos biografías de F. Dostoievski: una, corresponde a la monumental descripción y profundización en la vida del autor de Joseph Frank (1983); la otra, la del ruso Henri Troyat (1960). Ambas abordan *El presidio* vivido por el escritor, una de las peores tragedias en su existencia, que implicó la deportación a Siberia para la realización de trabajos forzados durante cuatro años debido a ser considerado un enemigo del Estado y del zar. Habría que destacar, sin embargo, que, si bien mientras se lee a Troyat, un prolífico biógrafo, surge la sensación de impotencia y dolor frente al desarrollo que éste realiza de las circunstancias vitales que atraviesa el autor de *Crimen y castigo* (1866) en la prisión rusa, los créditos se los llevaría ampliamente Joseph Frank. La miseria, el hacinamiento, la pobreza, la humillación, el frío y el encierro constituyen aspectos que se entrelazan, figuran unos y otros al mismo tiempo, así como en secuencias donde unos destacan sobre otros, alcanzando una prolífica densidad en la argumentación, impactando en los sentidos y en los afectos.

Por otro lado, en el otro extremo del mundo, en Sudamérica, en Chile, José Donoso Yáñez (1924-1996) desarrolla, en forma novelada, lo que podría considerarse fragmentos de su propia experiencia en el exilio luego del golpe militar comandado por Augusto Pinochet

en 1973 (fecha icónica para Chile), en su obra *El jardín de al lado* (1981). En dicho trabajo se dan pie, en innumerables ocasiones, las experiencias de quien (Julio, el protagonista) por tener discrepancias respecto al régimen político imperante (lo mismo sucede con Dostoievski) debe enfrentar las consecuencias de aquello a través del desarraigo, el desvalimiento y la soledad. Sin embargo, en la obra latinoamericana, el escritor no despliega en la historia la misma clase de vejaciones que sí padeció Fiódor Mijáilovich, tomando el exilio un carácter distinto, como se verá más adelante, sin perjuicio de que el sentimiento del extravío interno, se encuentre en ambos casos.

Es precisamente, desde la problemática de aquello a lo que se renuncia, abandona, pierde, producto de un imperativo externo, ajeno al sujeto y sus ideales, que incluir para dicho análisis comparativo la obra *Duelo y Melancolía* del psicoanalista Sigmund Freud (1917), representa un intento por ofrecer una lectura psicoanalítica acerca del dolor, la nostalgia y el duelo, elementos y sentimientos de dos escritores que nunca renunciaron a sus vínculos libidinales con aquellos objetos que constituían parte de su historia: lugares, personas, anhelos, ideologías, identidades, arraigos o que la experiencia migratoria significó una transformación de las convicciones que se tenían hasta ese momento. Este trabajo, por tanto, propone una mirada psicoanalítica del exilio y la migración.

F. M. Dostoievski

El 23 de enero de 1850, escribe Troyat (1960), fue el día en que el escritor llega a la prisión siberiana donde tendrá que vivir cuatro tormentosos años de su existencia producto de lo solicitado por Nicolás I: rebelión y conspiración contra el Estado. Según una carta escrita a su hermano Andréi unos meses después de su encarcelamiento, Dostoievski afirma que «simplemente mi antigua vida se introduce a la fuerza en mi mente, con todos sus viejos sentimientos y el pasado revive» (Frank, 1983, pág. 47), constituyéndose un estado psíquico, resultado de cierta negación como mecanismo defensivo ante el desolador porvenir y la experiencia de duelo. ¿De qué puede vivir el ser humano, si no es de sus reminiscencias y recuerdos en momentos de incertidumbre y agitación?

El ambiente social, anterior a la segunda mitad del siglo XIX en Rusia, se encontraba empapado de las ideas revolucionarias provenientes de Occidente, especialmente, la idea de libertad resultado de la Revolución Francesa. Para un hombre como Fiódor Mijáilovich,

cauto en la manifestación de cualquier acto en contra de lo establecido, sin perjuicio de presentar sus diferencias ante el régimen zarista, el hecho de rodearse de grupos de sujetos con ideales en contra de la desigualdad social, ideas sobre nuevos derechos para el pueblo y la deslegitimación de la omnipotencia de un imperio, era una decisión derivada, más que desde una actitud de rebeldía, del deseo de encontrar un espacio al cual pertenecer, vencer la soledad y la insanidad asociada a la misma.

Luego de diversas reuniones que sostuvo a fines de la década del 1840, no había aún encontrado a nadie que figurara un impulso para su espíritu, con quien identificarse, o la representación de un alter ego que ahuyentara los miedos y la represión a la que sometía su alma, hasta que conoce a un sujeto denominado Speshnev, hombre de ideas extremistas y radicales, que evocaba un determinismo sin límites cuando se trataba de derrocar al régimen zarista. Desde la perspectiva freudiana (1919), se podría advertir que en él Dostoievski halló al *doble*, la mítica escenificación de *la inquietante extrañeza*, un otro que se perfila desde lo siniestro y familiar al mismo tiempo, quien probablemente terminó por desatar el área primitiva de la personalidad del escritor, sumergiendo inconscientemente la cautela propia de los aspectos súper yoicos y censuradores. Un doble: la proyección de la parte animal de su personalidad en Speshnev, ya materializada en una de sus obras, al crear al perturbado personaje de Goliadkin (1846), quien al sufrir una escisión de su conciencia producto de una conmoción, descubrimiento, humillación, habría experimentado lo que Freud señalaría como *el retorno de lo reprimido*.

Para el mundo del psicoanálisis, desde que Sigmund Freud lo abordara en un artículo llamado *Dostoievski y el parricidio* (1928), en el interior del escritor ruso se habría desarrollado un conflicto ligado con la representación de lo paterno, lo que muchas veces en esta disciplina suele denominarse complejo paterno. Para el investigador del psiquismo, la naturaleza de la relación que sostenía el autor de *El idiota* con su padre era, muy probablemente, de una marcada tendencia ambivalente, cuya acentuada expresión provocaba fuerzas en contradicción a nivel del amor y el odio, con el consecuente sentimiento de culpa inconsciente, hipótesis que tiene sentido para todo quien recordase la infancia del escritor.

Siguiendo a Henri Troyat (1960), uno puede hacerse la idea de que el padre de Dostoievski presentaba un carácter enfermizamente neurótico y que no carecía de un

autoritarismo extremo a la hora de educar a los hijos, con reglas absurdas de vieja ultranza. Fiódor habría encontrado escasa bondad en el mismo, traducéndose en falta de apoyo económico muchas veces, que podría llevar a pensar en un incremento de su rechazo hacia él. Una de las conjeturas psicoanalíticas sería pensar si la, denominada por el zar, conspiración en la que participó, no fuera sino la representación desplazada, desfigurada y disfrazada del viejo odio contra el padre. Siguiendo a Freud, se deduce que serenidad y aparente paz interior habrían sido los estados anímicos experimentados por Dostoievski al ser condenado a trabajos forzados en Siberia (no renegando de aquello), situación que habría encolerizado o desolado a cualquiera.

No obstante, la biografía de Joseph Frank (1983) da cuenta del reduccionismo de dicha teoría sobre el ruso. Durante las primeras semanas y meses del presidio, se tiene conocimiento gracias a sus cartas que el escritor experimentó variaciones en su estado anímico que no le significaron mayor perturbación, inclusive, representaron un estado maníaco ante lo que estaba ocurriendo, muy propio a un duelo, cuyas primeras expresiones consisten en una negación sobre lo que acontece, situación, incluso ilustrada en una de sus obras más inusuales: *Un pequeño héroe*. Frank (1983) indica que este último podría ser la viva representación del anhelo del autor por figurarse una realidad alternativa a la que estaba viviendo, en un tipo de escritura muy cercana a la de Tolstói.

En una de las cartas que el escritor habría enviado posteriormente a su segunda esposa, refiere la satisfacción que le producía la fortuna y bienaventuranza que implicaba el cautiverio, en contraposición a la muerte, de haber sido decretada por el zar. Resultaba lógico, para Fiódor, dicho estado afectivo, muy por el contrario a la explicación psicoanalítica acerca del viejo y primitivo impulso parricida supuestamente reprimido en la personalidad del mismo y redimido a través del castigo corporal y el tormento mental de la pérdida; es decir, la búsqueda de la exculpación por dichos deseos a través de la aceptación pasiva de la sentencia habrían sido para Freud signos ilustrativos de que Fiódor no sólo aceptaba tranquilamente una condena por la aparente conspiración, sino por las tendencias destructivas de su persona, comportando una especie de liberación de las mismas.

Así fue cómo en la inmundicia de un barracón compartido, lugar en el que el hedor humano se convertía en una tortura diaria y al que no quedaba alternativa psíquica que

disociarse para volverlo soportable, junto con la experiencia de la convivencia diaria asociada a humillaciones y denigraciones que no dejaba de constituir otra medida de escarmiento (además de la pérdida total de los placeres), encontró el desenlace perfecto para quien ignora el fundamento último de dicha voluntad inconsciente: no había más camino que la resignación. Freud pensó en un deseo inconsciente criminal (masoquista y de autocastigo) que satisfacía el creador de *Los hermanos Karamázov* (1879-1880); los biógrafos no se hallan de acuerdo con dicha hipótesis y es por lo mismo que se abordara la experiencia de Dostoievski más bien como el resultado de un duelo (consciente) por el exilio y no, por el contrario, como el resultado de un deseo parricida inconsciente.

Según el vienés, para pensar en el sentimiento de culpa del autor ruso (admirado por Nietzsche) habría que acudir a lo que denomina como la faceta criminal de Dostoievski, exteriorizada a través de su creación literaria. Un escritor, según nos indica, que elabora todo un escenario ficticio en sus obras a través de las cuales satisface su sadismo originario por medio de personajes crueles y violentos; una gratificación (e identificación) que no encuentra en la realidad dado que los montos de agresión, en este caso, son dirigidos contra sí mismo, desarrollando una tendencia masoquista. «Si fuera cierto que Dostoievski se vio liberado de ataques [epilépticos, C.Z.] en Siberia, ello no haría sino confirmar que sus ataques eran su castigo [...] La condena de Dostoievski como criminal político era injusta, él tenía que saberlo, pero aceptó el inmerecido castigo del padre Zar como sustituto del castigo que había merecido por sus pecados hacia el padre real» (Freud, 1927, pág. 184).

Resulta fundamental referirse en este punto a la biografía de Joseph Frank. Según su investigación, los ataques epilépticos sí tuvieron una presencia mientras se encontraba privado de libertad, descartando la hipótesis freudiana asociada a la idea de una satisfacción sustitutiva. Como dato anexo, por lo demás, cabe destacar que el mismo padre del psicoanálisis, en una carta a Theodor Reik, como respuesta a una crítica suya al artículo desarrollado por él, en la cual señala la desmesura de algunas de las hipótesis freudianas, el vienés reconoce su disconformidad y reparos al momento de escribir su texto sobre el parricidio, lo considera como un trabajo trivial, refiriendo que sólo había cedido a su confección debido a un favor, aparentemente solicitado por Max Eitingon, lo cual, en definitiva, invita al lector a ser medido en la confiabilidad depositada en las conclusiones

de dicho trabajo. No obstante, Freud defiende la tesis de una patología en Dostoievski, tanto en el ámbito del juego (resultado, desde el psicoanálisis, del onanismo infantil), como en la naturaleza del amor en el ruso: «realmente, él sólo concibe el crudo deseo pulsional o la sumisión masoquista y el amor por compasión» (Freud, 1930, pág. 193).

A pesar de ello, resulta muy habitual que, en los seres humanos, luego de un período infantil marcado por los desencuentros, humillaciones y castigos (sin sentido para quienes fueron objeto de los mismos) desplegados por los progenitores, se desarrolle una constelación anímica en los sujetos determinada por la autoagresión. Desde la perspectiva freudiana, habría que pensar si en la imagen que tenemos de Dostoievski a través de sus cartas y escritos podríamos hacernos la impresión de lo que el psicoanálisis denomina masoquismo erógeno, femenino o moral (véase *El problema económico del masoquismo*, 1924).

Sabríamos que el primer tipo estaría presente (lo está, de hecho, en todos los seres humanos); tendríamos el desafío de considerar el segundo o el tercero (sobre todo éste último) como aquel más predominante en la personalidad del autor, dada su elevada sensibilidad, de un carácter pronunciadamente femenino, junto con los valores y principios propios a cuestiones concernientes a lo social y lo humano (hay que recordar que Fiódor era profundamente creyente). En la dimensión masoquista de la personalidad podría haber mayores coincidencias entre el psicoanálisis y la biografía del autor (tema que puede quedar para futuras investigaciones).

José Donoso

Autor chileno nacido en el año 1924 y fallecido en el año 1996, es considerado junto con Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o Julio Cortázar parte de lo que se definió como el *Boom Latinoamericano*. Su obra constituye lo que él denominó como la representación de su propia biografía a través de la escenificación y creación literaria que desarrolló a lo largo de su vida. Dentro de sus principales novelas, se cuentan *Coronación* (1957), *El obsceno pájaro de la noche* (1970) o *El jardín de al lado* (1981), obra que tomaremos como base para el siguiente estudio.

Como anticipo, hay que decir que trata acerca de una relación de pareja entre dos chilenos, Julio y Gloria, quienes viven en España en la época de la dictadura militar en el

país latinoamericano. La novela gira fundamentalmente en torno a la persona de Julio, sus conflictos internos, su búsqueda del éxito y reconocimiento en el viejo mundo, así como su crisis de identidad, la melancolía por la madre patria, el rechazo a lo distinto, el desarraigo, el desencanto y la soledad.

Podría decirse que en esta obra de Donoso figura fundamentalmente la experiencia de un duelo elaborado a partir del problema del exilio. Recuerdos, reminiscencias, remembranzas tejen los hilos de la lectura novelada, indudablemente representativa, en parte, de la experiencia real del autor, quien se encontraba fuera del país durante el golpe militar en Chile, el año 1973 (vuelve en 1981, año en que la publica). Personajes e historias de los mismos, asociadas al desencuentro (o no encuentro) de la propia identidad en el país de destino; un sentimiento de extrañeza sostenido a lo largo del tiempo, donde las huellas de las raíces se pierden en los rincones de un lejano pasado. Momentos en los cuales alcanza una gran notoriedad la familiaridad entre los conceptos de lo *extraño* y lo *extranjero*, como si el autor estuviera haciendo un guiño a ese afecto de apatía extraordinariamente presente en el personaje de Camus (*El extranjero*, 1942), pero representado en este caso, en el protagonista de su obra.

Figuras míticas parecen ya los parientes y familiares, a quienes hace mucho que no ve, dejando tras de sí un manto de nostalgia asociado a los lugares de la infancia. El exiliado, el inmigrante, se asienta en una nueva geografía, en la cual no consigue adaptarse como quisiera, sintiéndose objeto de un devenir de estímulos que ensombrecen su existencia, situación ambivalente en su divergencia y similitud, con quien es aprisionado y separado de la sociedad durante años, de manera semejante a Dostoievski. Julio termina enajenado con el entorno, apartado de la realidad, con un constante sentimiento desigual, disarmónico. Y es que pareciese llevar dentro de sí lagunas, huecos de su personalidad, orificios que le hacen desconocerse a sí mismo, sorprenderse, angustiarse, deprimirse como si todo fuera parte de un conjunto de estados anímicos que se montan unos sobre otros o mezclan entre sí.

De este modo, Julio, el protagonista en primera persona de esta novela, ocasionalmente idealiza el lugar de origen, compara el destino, el momento presente, con el pasado anhelado, no encontrando en el ahora una verdadera satisfacción. No alcanza el reconocimiento, la fundamental experiencia psíquica de los orígenes: el momento clave de

la vida en que la madre sostiene a su bebé, lo observa detenidamente con suprema dulzura, hallando, éste último, algo de sí mismo en los ojos de ella; una verdadera autoafirmación del yo. Nuestro personaje parece haber olvidado o perdido lo que significaba dicha experiencia hundiéndose en el consumo de fármacos que solían adormecerlo, anestesiarlo y desvitalizarlo, a fin de mantener una supervivencia psíquica en un lugar donde no conseguía sentirse acogido, ni existente.

Pero no sólo es la experiencia introspectiva del protagonista, sino que ésta se desarrolla tomando en cuenta la relación que éste sostiene con su mujer, Gloria. Es un cable a la tierra para él mismo, en especial por el vaivén emocional que agita el alma de Julio, quien no deja de percibir todo lo que ha perdido al encontrarse exiliado en España: los gestos que ella solía tener se han esfumado por los aires de Sitges; sólo una vez en Madrid, éstos se asoman tímidamente, llevándole a recordar momentos y lugares antiguos, ya casi extinguidos con el paso del tiempo. La pérdida. ¿Qué tan pérdida queda el alma humana ante la pérdida? Para Dostoievski, casualmente el exilio significó un proceso de transformación de sus convicciones; los objetos y personas tomaron distancia concreta, siendo doloroso, dado que éstas fueron sustituidas por experiencias de humillación vivamente expresadas a través de *Apuntes de la casa muerta* (1862); sin embargo, un verdadero proceso de restitución y reparación interna se generó en torno a la experiencia de un recordar relampagueante, al estilo de *Repetir, recordar, reelaborar* (1914) de Freud, a partir del cual Fiódor da con un sentimiento de conmiseración hacia *Las pobres gentes* (representadas por sus compañeros del presidio a quienes detestaba), evocado por el humilde y vivido recuerdo del campesino Maréi, la surrealista figura de su infancia, maltratada y explotada por su padre.

Una representación de lo que podría llamarse como la primera gran pérdida o privación del ser humano podría ilustrarse a través de la salida del bebé mismo del útero materno, en uno de los momentos clave de lo que podría significar, ulteriormente, la separación para todo ser humano. El bebé grita y se retuerce al nacer, se ahoga, tose, pateo, nada más figurativo de un estado de profunda desesperación, al ser despojado de tal apaciguamiento como es estar en el interior del cuerpo materno. José Donoso, de forma notable lo hace ver en la experiencia del inmigrante, del exiliado:

¿Cómo ir a Chile, papá? ¿No se da cuenta de que la situación me ha forzado a elegir una vida afuera de ese útero pequeñito, aislado, protector, que es Chile pese a los peligros que todos conocemos, pero que es protector en comparación con la inclemencia de esta inmensidad que es el afuera, donde nos hemos visto obligados a renacer? (Donoso, 1996, pág. 72)

Queda así representada la imagen del compulsivo retorno de la psique hacia escenas y momentos ya extinguidos que llenan de nostalgia a quien las revive y sigue sus huellas. Nuestro personaje no es la excepción. Su deseo se encuentra enormemente vinculado a períodos previos, ilustrativos de estados regresivos del psiquismo, como nos podría explicar Freud. Lugares en lo que se podía sentir parte de algo y que, sin embargo, lo volvían clasificable, identificable, sintiendo la obligación de tener que ser *auténtico* y no ser quien quisiera ser como en Europa, aunque el precio fuera no pertenecer a nada.

La pérdida. Freud. Reflexiones en torno a ambos autores

«El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.» (Freud, 1917, pág. 241).

Así nos muestra Freud su concepción acerca del duelo, que en el caso de ambos autores, aparece asociado a perder lo que se tuvo, la patria, la libertad, un ideal. Todo aquello que no guarde una relación directa con lo que se ha perdido, deja de tener interés para el que transita un duelo, siendo las reminiscencias del personaje *donosiano* o los recuerdos y repeticiones en el comportamiento del autor ruso lo que nos lo confirman. Es que una posición libidinal, dirá el psicoanalista, no es fácil de retirar en cuanto a que sus investiduras (cargas de afecto) resisten el retiro del objeto al que se encuentran adheridas; el trabajo de des-investidura debe realizarse *pieza por pieza*, implicando un importante gasto psíquico. Para el personaje de *El jardín de al lado*, hay un duelo que no termina; para el ruso, la experiencia se vuelve un aprendizaje y un redescubrimiento que lo llevará la cumbre de la literatura universal.

Ahora bien, Freud planteará una notoria diferencia entre quien atraviesa un proceso de duelo y quien padece de melancolía: es el rebajamiento del sentimiento de sí, propio de la segunda condición, el que figura como el elemento diagnóstico diferencial. ¿Es posible percibirlo en ambos autores? ¿En la historia de Dostoievski y en el relato de Donoso? Es que

el problema del duelo dice relación con que el doliente es consciente del origen de su dolor; en la melancolía, desconoce qué es lo que se ha ido de sí mismo en dicha pérdida.

El autor de *Crimen y castigo* (1866), una vez que es sentenciado a trabajos forzados en Siberia, tal vez haya tenido, en ciertos momentos, que desarrollar un verdadero estado de disociación anímica para soportar lo que le rodeaba. Ya hemos dicho que para Freud atraviesa un verdadero estado auto-punitivo asociado a una antigua culpa, ligado a una suerte de tendencia masoquista. Es el pago por retener dentro de sí deseos ominosos. Sin embargo, dicha teoría no logra sostenerse por completo. Lo que puede rescatarse es la expresión de una tendencia masoquista ligada a un continuo autocastigo, evidenciada en sus reverencias hacia el zar Nicolás I, aun estando en prisión. Serían fundamentalmente los fenómenos del duelo (shock, negación, depresión, confusión, disociación, manía) lo que habría definido el estado anímico del ruso en prisión.

Por otra parte, el autor de *El jardín del al lado* (1981), si bien escenifica a través de su novela el duelo y la partida forzada, ilustra en sus líneas la profunda desazón y pesadumbre vivida por su protagonista rayando en la disociación y des-realización, no consiguiendo encontrarse a sí mismo en la turba de gente proveniente de distintos puntos de Europa. Lo que pierde de sí mismo, se diría, son las raíces, la capacidad de reconocerse en medio de la extrañeza de costumbres diferentes a las propias.

Desde una perspectiva psicoanalítica, «en el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo» (Freud, 1917, pág. 243). En ambos casos, al parecer, precisamente eso es lo que le ocurre a la percepción de la realidad externa, constituyéndose en un vacío sin sentido. Sin embargo, no sería posible asegurar que al yo mismo le aconteciese algo similar. Años de trabajos forzados, consumiendo la misma comida, viendo los mismos rostros y tolerando las mismas ofensas condujeron probablemente a Dostoievski a estar al borde del colapso y la locura, sólo posible de tramitar a través del trabajo y los paseos que solía dar de continuo; ni siquiera el conocimiento de aquellos a quienes consideraba *nobles*, como él, fue suficiente para paliar su desconcierto.

Por otra parte, un largo período de exilio sin paradero ni asentamiento psíquico ni físico, desarrollando de este modo, no sólo una alteración en la percepción del mundo en

Julio, sino también del sí mismo, a veces detestándose, reprochándose incansablemente la naturaleza de la relación con su hijo y con su familia, repudiando a su yo, generaron que no le faltaran motivos para sentirse culpable, en unas circunstancias en las que se le hacía imposible vivir sin recordar el pasado y mantener su mente ahí.

Podemos concluir que, en ambos casos, las razones del padecimiento se encuentran en la conciencia de cada uno y es que para hablar de melancolía no figura el rasgo principal de ésta: la ausencia de vergüenza respecto a los reproches dirigidos contra sí mismo. La impresión del lector no se asocia con unos sujetos que se martirizan abiertamente frente a otros, por el contrario, llevan el dolor con cierta hidalguía al interior de sí, *como si estuvieran aliviando una antigua culpa a través del martirio de sus vidas*, sin embargo, ésta no desembocaría en la conformación de un cuadro melancólico, sino, sería estructural al sujeto humano, la expresión de dicho afecto. Un fragmento de *La interpretación de los sueños* de Freud representa esto último a través de una cita de Edipo Rey, luego de haber dado muerte a Layo, su padre: «Pero él, ¿dónde está él? ¿Dónde hallar la oscura huella de la antigua culpa?» (Freud, 1900, pág. 270). El vienés basó toda su obra en la concepción de Edipo como un elemento estructurante del aparato psíquico, cuyo producto sería el sentimiento de culpa universal.

Y es que en ambos casos, tanto en la expurgación del autor ruso, como en la apática y atormentada vivencia del protagonista creado por el chileno, existe o existió un deseo inconsciente cuya manifestación llegaba desfigurada a la conciencia por medio de una condena real o simbólica, que hacía las veces de acto de salvación ante una tendencia ominosa universal, presente en la humanidad por completo desde la perspectiva freudiana. Es estructural al ser humano, parte de su constitución psíquica, el deseo sexual hacia la madre y el conflicto con el padre. El personaje ficticio de Julio queda atascado en un duelo irresoluble; Fiódor encuentra fuerzas psíquicas que refuerzan su genialidad literaria a través de la superación del odio que había sentido hacia los representantes de la clase campesina con quienes vivió en el exilio; en otras palabras, habiendo superado una re-edición del complejo de Edipo, se transformó su sentimiento de culpa en deseos reparatorios.

Si bien la perspectiva freudiana parece desmesurada por la escasez en referencias para apoyar sus hipótesis, especialmente cayendo en errores al indicar que las crisis epilépticas

habrían disminuido en el presidio, lo cual no constituye un dato verídico, sí proporciona elementos para la comprensión del masoquismo y un sentimiento de culpa universal, probablemente presente en la vivencia de duelo de ambos autores. En este contexto, parece pertinente hacer una referencia a la ambivalencia de los afectos, también presente en todos los sujetos, conformando parte del carácter del creador de *Los hermanos Karamázov*. La naturaleza de su epilepsia, su nerviosismo permanente, su faceta ludópata, el conocimiento público acerca de las tensiones existentes con su padre, su participación en sociedades secretas para derrocar al zar, como representante del «padre», pero, por otro lado, su fervor religioso y sus altos estándares morales, representarían lo que Freud señaló a propósito de la existencia de un genio creador en contraposición al carácter criminal de sus personajes, probablemente como una proyección de sí mismo, representando la piedra angular del conflicto psicoanalítico: deseo *versus* prohibición.

En cuanto al autor de *El jardín de al lado* (1981), dicho antagonismo de los afectos se aprecia sobradamente en las relaciones con Gloria, con su hijo y, principalmente, con su madre a quien descarta de pleno volver a ver en un momento de su exilio, además de todo lo que representa Chile para sí mismo en época de dictadura. Un profundo sentimiento de culpa y el despropósito que le parece retornar (retroceder) a su país de origen. Su toma de decisiones, el traslado de Sitges a Madrid, los fracasos laborales, los odios proyectados en otros, dan cuenta del empobrecimiento del personaje, en especial, cuando éste toma contacto con la representación de otros para sí mismo; una negación de su importancia, que incide en su desorganización afectiva.

Finalmente, parecieran ambas experiencias encontrarse destinadas a saldar una antigua deuda que no permite que sus conciencias encuentren una tranquilidad en sus existencias. Ello es así porque una culpa imborrable se apodera de sus espíritus extendiéndose en y a lo largo de su percepción de la realidad. No obstante, el elemento culposo estructural y presente en todos los individuos (bajo la premisa de la existencia de un inconsciente) sólo tiene un carácter pulsional, es decir, suministra cantidades de afectos, intensidades, en la elaboración del duelo de cada uno.

BIBLIOGRAFÍA

Donoso, J. (2017): *El jardín de al lado*. Santiago: De bolsillo (publicado originalmente en 1981).

Frank, J. (2016): *Dostoievski, los años de prueba, 1850-1859*. México: Fondo de cultura económica (publicado originalmente en 1983).

Freud, S. (2012): *La interpretación de los sueños*. Traducción de J. R. Etcheverry. En: *Obras Completas: Sigmund Freud. Vol. IV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (trabajo publicado originalmente en 1900).

Freud, S. (2012): *Repetir, recordar, reelaborar*. Traducción de J. R. Etcheverry. En: *Obras Completas: Sigmund Freud. Vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (trabajo publicado originalmente en 1914).

Freud, S. (2012): *Duelo y melancolía*. Traducción de J. R. Etcheverry. En: *Obras Completas: Sigmund Freud. Vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (trabajo publicado originalmente en 1917).

Freud, S. (2012): *Lo ominoso*. Traducción de J. R. Etcheverry. En: *Obras Completas: Sigmund Freud. Vol. XVII*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (trabajo publicado originalmente en 1919).

Freud, S. (2012): *El problema económico del masoquismo*. Traducción de J. R. Etcheverry. En: *Obras Completas: Sigmund Freud. Vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (trabajo publicado originalmente en 1924).

Freud, S. (2012): *Dostoievski y el parricidio*. Traducción de J. R. Etcheverry. En: *Obras Completas: Sigmund Freud. Vol. XXI*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (trabajo publicado originalmente en 1928).

Freud, S. (2012): *Carta de Freud a Theodor Reik*. Traducción de J. R. Etcheverry. En: *Obras Completas: Sigmund Freud. Vol. XXI*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Troyat, H. (2014): *Fiódor Dostoievski*. Buenos Aires: Ed. El Ateneo (publicado originalmente en 1960).